
URDIENDO RELATOS



URDIENDO RELATOS

María del Mar López
Juliana Muñoz
Conchita Blasco de Haro
Trinidad Gálvez
Fernando Tormo y Gómez-Terán
María García
Carmen Baranda
Margarita Romero
Chelo Martínez

Junio 2023



Gracias a nuestras familias y amigos por su apoyo incondicional desde el nacimiento de la idea de escribir una serie de cuentos relacionados con La Real Fábrica de Tapices, una manufactura histórica líder en el campo de la fabricación y restauración de alfombras, tapices y reposteros.

Deseamos agradecer de manera especial a nuestra profesora de la clase de Escritura Creativa, porque sin su buen hacer en la docencia no habríamos sido capaces de acometer este gratificante trabajo.

A Lourdes Vila por su ayuda imprescindible en la maquetación de este libro de cuentos.

A la empresa de Artes Gráficas Rey por su profesionalidad en la impresión digital tanto de texto como de fotografía de las páginas del libro.



¿POR QUÉ ESCRIBIMOS?

Somos un grupo que por nuestra edad nos hemos liberado de las obligaciones laborales y profesionales y que nos une el gusto por escribir cuentos, cosa que hacemos con mucho entusiasmo y alguna que otra pincelada de humor.

Ahora sin prisas, dedicamos un tiempo a este maravilloso oficio que dejamos aparcado porque no era el momento. Los miércoles en la mañana, nos reunimos en un centro de mayores en el que se imparten clases de Escritura Creativa, en donde compartimos, disfrutamos y aprendemos de forma amena y muy cercana a ser cuenteros.

La tarea de escribir la consideramos apasionante. Nos adentra en ese universo imaginario que nos eleva y nos lleva a diferentes lugares, espacios y tiempo y nos convierte en ese observador donde sus sentidos están en alerta.

Estos relatos escritos por distintos autores son muy variados, pero todos ellos tienen un elemento común: «La Real Fábrica de Tapices». Difícil tarea, ésta, sumergirnos en ese mundo lleno de arte, creatividad y talento.

Cada uno se ha expresado con gran espíritu creador y con ganas de superación. En estos cuentos, en los que se aúna la realidad con la fantasía, hemos intentado reflejar los temas rurales y populares que de manera tan sublime plasmó en sus cartones Goya, llegando a identificarnos de alguna manera, con experiencias naturales vividas.

Deseamos que los lectores disfruten leyendo estas páginas.

LA FÁBRICA DE CUENTOS

*OCULTOS EN REPOSTEROS,
NUEVE JÓVENES CON “MATICES”,
QUE, ADMIRANDO UNOS TAPICES,
JUGABAN A SER CUENTEROS.*

*LA IDEA NO FUE SOMERA
Y AL PUNTO ESCRIBIR QUISIERON,
NO SÉ SI LO CONSIGUIERON,
PARA MÍ, QUE FUE QUIMERA.*

*LA FÁBRICA DE TAPICES,
EL SECRETO HA DESVELADO,
LOS CUENTOS LE HAN LLEGADO
Y ESPERA QUE ECHEN RAÍCES.*

*QUE ESCRIBAN SEGUNDA PARTE,
DE ESTE OFICIO MILENARIO,
AL MOSTRAR UN ESCENARIO,
EN EL QUE SE CREA ARTE.*

Chelo Martínez

INTRODUCCIÓN al cuento de Perros en Traílla

Al igual que otros muchos cartones, el protagonista de mi cuento, pintado por don Francisco, una vez tejido el tapiz definitivo en la Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara, fue almacenado y se le perdió la pista durante casi cien años. A partir de su recuperación se exhibe en el Museo del Prado de Madrid.

Pues bien, de los dos personajes que se muestran en el mencionado cartón de Goya, va mi relato. Espero que disfruten con su lectura.

María del Mar López

PERROS EN TRAÍLLA

Desde su posición elevada encima de un montículo, observan al público que ha comenzado a llenar la sala.

Ambos permanecen estáticos en el lienzo, viendo desde su privilegiada atalaya el devenir de los acontecimientos ocurridos en sus más de dos siglos de existencia.

Una traílla les mantiene unidos. A sus pies hay dos escopetas y otros útiles de caza, enmarcados por el paisaje. Sus miradas son sabias y bonachonas o quizá atentas y curiosas.

Bajo ellos se está desarrollando una animada conversación.

—¡Abuela, abuela!, mira esos perritos —dice señalando el cuadro un niño de corta edad.

—Sí, —le contesta ella con una dulce sonrisa— es un retrato de caza. Seguro que los cazadores están descansando muy cerca de ese lugar.

—Pero, abuela, ¿no ves? —susurra el pequeño con nerviosismo— están atados con una cadena de hierro, ¡pobrecitos! ¿Podemos decirle a alguien que los suelte?

—¡Ay, cariño! —contesta ella acariciándole dulcemente unos alborotados rizos— el que sabría hacerlo lleva mucho tiempo desaparecido, pero... ¿sabes lo que podemos hacer? —continuó guiñándole con picardía los ojillos— vamos a escribirle una carta al director del museo dándole tu opinión.

Y cogiendo de la mano al pequeño, se dirigen hacia la salida, seguidos por unos ojos perrunos que brillan de forma inusitada.



ESCAPADAS NOCTURNAS

Es la primera vez que visito este Real Sitio. Me ha llamado la atención una discusión cuando estaba encima de una alfombra y me susurraban al oído: *Muévete que me estás pisando*. He mirado a mi alrededor y solo está hablando la guía.

Entramos en un pasillo y vuelvo a escuchar:

—¿Qué te ha pasado esta noche?, ¿te encontrabas mal? No parabas de quejarte.

—Tenía mucho frío.

—Estás forrado de lana, no lo entiendo.

—Las noches son lo mejor para mí, tío. Los cuatro que estamos ubicados en la fila siguiente a la tuya hacemos deporte. Practicamos volteretas, corremos, nos damos masajes unos a otros y después a dormir.

—Avísame y me voy con vosotros. Mis compañeros son muy aburridos.

—Por supuesto, esta noche vamos a salir. Cuando los vigilantes pasen debemos colarnos por la puerta y vamos a ir a un salón más grande y cómodo. Volveremos en la siguiente ronda. Vamos a hacer una pequeña fiesta. Pondremos música, bailaremos y nos divertiremos un poco. ¡Eso es lo que tú necesitas!

—Tienes razón, no podemos estar quietos esperando que nos utilicen y nos envíen a otra etapa.

—Lo sé muy bien, porque a veces te usan un poquito y te devuelven al casillero. Me ocurrió, pero disfruté un montón. Cuando te estiran en los telares y te pasan la mano con esa suavidad, me siento feliz. Es un cosquilleo que no paro de reír.

—Después, te cuelgan para ver cómo está el acabado. Te admiran y contemplan una obra de arte de la que tú formas parte. Somos multidimensionales. Lo mejor es que pongo oído y me entero de todos los cotilleos y se me pasa el tiempo volando.

—¡Qué envidia me das! ¿Cómo te llamas?

—Rojo Bermellón 32M.

—Yo me llamo Verde 4S.

—Muy bien, esta noche la liamos. Tú eres jovencito, tienes toda la vida por delante. Aprende y no te quedes mirando al techo. Te ha tocado estar en este sitio, pues, ¡disfrútalo, tío!

¡Estoy impresionada, qué tapices! Volveré otra vez y estaré pegada a la guía. No sé lo que me ha pasado. Había interferencias.



Juliana Muñoz

CASIMIRO EN LA REAL FÁBRICA DE TAPICES

Estaba tan contento por su viaje de Tablabán al país de los humanos, surcando grandes mares a bordo de un delfín, que al pisar tierra firma Casimiro quiso pasearse por aquella ciudad y conocer y vivir nuevas cosas y experiencias.

Fue recorriendo calles y apreciando los grandes monumentos que veía a su paso. Mostraba gran interés por todo, pero su sorpresa llegó al límite cuando se encontró con un buen amigo de su pueblo.

—¡Cirilo, Cirilo! —le llamó a grandes voces— ¿Pero qué haces tú por aquí? —se saludaron con un fuerte abrazo.



—He venido en busca de aventuras, —respondió su amigo— ahora voy a viajar en una cosa que le llaman tren.

—¿Tren? —preguntó Casimiro intrigado.

—Sí, son muchos coches muy grandes unidos unos a otros que van por unas barras de hierro y echa mucho humo.

—Pues yo me voy contigo, quiero verlo.

Ilusionados marcharon a la estación. Al verlo, sintió miedo pero se decidió a subir y ver qué ocurría.

En el compartimiento que les tocó, viajaban un matrimonio con sus hijos pequeños, como ellos. Pronto se hicieron amigos y se pusieron a jugar, pero Casimiro prefirió mirar el libro que la señora leía y al ver su interés le explicó que eran tapices. Le contó que eran unos cuadros muy grandes, que se tejían al mismo tiempo que hacían las escenas que representaban. Que adornaban las paredes de grandes palacios. Que había muy buenos pintores que reproducían

sus cuadros en cartones, para luego poder realizarlos en los talleres. Que en Madrid, a dónde se dirigían, estaba la Real Fábrica de Tapices de dónde salían obras maravillosas.

—¿Podré ir yo a visitarlo? —dijo el muñeco.

—Pues claro que puedes —respondió la madre— nosotros te acompañaremos.

—Muchas gracias, es usted muy amable.

Al llegar a Madrid, todos juntos fueron a la Fábrica. Casimiro y Cirilo estaban encantados, todos los empleados les saludaron y les explicaron qué hacían en ese momento. No paraban de hacer preguntas y Cirilo manifestó su deseo de trabajar con ellos, pero claro, aún era muy pequeño para hacer trabajos y los telares, eran muy grandes.

Al pasar a otra sala, se encararon con un tapiz grandioso de nuestro gran pintor Goya. Representaba a unas personas que tiraban de un burro cargado con un cerdo. Debía hacer mucho frío porque todo estaba cubierto de nieve y los árboles se mecían sin cesar por el fuerte viento. Les contaron que se llamaba La Nevada. Todos los personajes se protegían unos con otros e iban tapados con unas toquillas.



Casimiro sintió pena de un perro que caminaba con ellos, pero nadie le hacía caso.

—¡Podre perrito! Tendrá mucho frío —pensó en alta y casi con lágrimas en los ojos.

Quiso acariciarlo y darle algo de calor y consuelo, pero no pudo lograrlo por su poca estatura, no llegaba hasta él.

Cirilo y los demás niños trataron de animarle.

Todos los presentes, emocionados, le dedicaron un gran aplauso. Se despidieron muy agradecidos por el cariño recibido y ya en la calle, contentos por cuanto habían aprendido, se abrazaron y cada uno siguió su camino.

Conchita Blasco de Haro

LA VENDIMIA

Al llegar el otoño los viñedos alcanzan su madurez, llegando la uva a su punto de acidez.

¡La recolección empieza ya!

Los campos se llenan de gente de diferentes ciudades venidos para la vendimia. Conviven varios meses, llegando a ser una gran familia.

María y Antonio empezaron muy jovencitos con sus padres y todos los años esperaban con añoranza estas fechas para poder verse.

Disfrutaban de su trabajo y sobretodo de los finales de jornada, que aprovechaban para charlar y estar juntos.

Poco a poco se fueron enamorando y terminaron siendo un feliz matrimonio del que al poco tiempo nació su hijo Carlos.

Un día me hablaron de la Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara y fui a verla. Me quedé admirada de la técnica que tenían en los telares, en ellos podían trabajar varias personas a la vez. Las manos iban de un sitio a otro con una velocidad imparable. ¡Qué destreza! ¿Cómo no se confundirían? Había que entrelazar las hebras de seda, apretándolas con un punzón y así formar el dibujo.

Me gustó el tapiz que por lo visto era de uno de los cartones de Goya. Se llamaba “La vendimia”.



Me recordó a aquella familia tan querida ara mí con la que yo había pasado tantos ratos buenos.

Él le decía a ella:

—Prueba estas uvas negras a ver que te parecen y comprueba si este año los caldos serán de buena calidad.

El niño quiso arrebátárselas diciendo:

¡Dámelas, dámelas! Tengo mucha hambre, levantando sus bracitos para poder cogerlas. El perro está expectante sin perderlos de vista.

Me vi reflejada al ver con el cesto de uvas en la cabeza a una mujer.

Me encantaba transportarlas de esa forma, para llevarlas a los vendimiadores y así terminar la jornada e irnos a descansar y esperar un nuevo día.

Trinidad Gálvez

ALMUDENA E ISIDRO

Nuestros protagonistas nacieron en una aldea de las cercanías de Madrid. Los dos se quedaron huérfanos siendo muchachos, después vivirían en casa de parientes. Les protegió don Hilario, cura párroco del lugar, como tutor y padrino. A Isidro le enseñó a leer, escribir, aritmética y también latín. El ahijado ayudaba a misa como monaguillo. Los jóvenes habían hecho amistad siendo niños, ahora se podría decir que eran novios. Isidro iba transmitiendo a su amiga los conocimientos que recibía. Les encantaba la cultura; leían todo lo que se les ponía delante.

Con el tiempo, el cura pensó que el muchacho debería ir al seminario, se lo dijo, él le contestó que lo pensaría, lo hizo asegurando que los hábitos no le atraían.

El sacerdote comprendió las razones. Y siendo muy pragmático, se reunió con los jóvenes para decirles lo que pensaba y aconsejarles.

—Queridos ahijados, vais a cumplir veintiún años, tenéis que encauzar vuestra vida, yo puedo faltar un día de estos y ahora quiero quedarme tranquilo sabiendo que habéis encontrado lo que pueda ser vuestro futuro. ¿Qué os parece?

—Lo que usted haga estará bien —contestaron.

—Voy a deciros lo que tenéis que hacer. Lo primeros es casaros, os queréis y no podríais vivir en pecado. Así que mañana serán publicadas las amonestaciones, la boda, la fijaremos si estáis conformes. ¿Os gusta la idea?

Los dos asintieron con la cabeza.

—He hablado con mi hermana, es esposa de un capitán de artillería y viven en Madrid. Almudena irá a vivir con ella, enseñará a mis sobrinos a leer y escribir y se ocupará del lavado de las ropas de la casa. Podréis habitar un chiscón anejo a la casa. Mi hermana viaja siempre acompañando a su marido; si eso ocurre seguirías en el habitáculo, pero tú, querida niña, tendrás que ser

lavandera en el río, necesitarás dinero y ese trabajo puede servirte. No es la solución, pero de momento no hay otra. ¿Entiendes?

—Desde luego, padre, lo comprendo, por mi parte buscaré otras posibilidades —aseguró la muchacha.

—Yo también lo entiendo, ¿algo habrá pensado para mí? —preguntó el futuro esposo.

—Vas a servir al Rey como voluntario, antes de que te llamen o haya una leva. Tienes que ir a Madrid y hablar con mi cuñado el capitán, que ya está advertido. Con tus conocimientos es posible que puedas hacer una carrera como militar, dependerá de ti. ¿Te gusta la idea? —preguntó don Hilario.

—No le defraudaré, estará orgulloso de mí, —manifestó el futuro soldado.



Han pasado tres meses, todos los planes se han cumplido. Almudena e Isidro se han casado y son felices aunque no estén juntos todo lo que les gustaría. Él, es soldado de artillería y cabo instructor, seguro que ascenderá.

La dueña se ha ido de viaje con su marido y la recién casada al río como lavandera. Sus compañeras, al enterarse de su instrucción quieren que les instruya y lo mismo a sus hijos; las clases serían al aire libre en los descansos y a Almudena le compensarían con coladas. Esta situación no va a durar mucho, hay relación para enseñar a párvulos el próximo curso en un colegio de monjas.

España ha entrado en guerra, están movilizando tropas, la unidad de Isidro ha partido al frente y ya han entrado en combate. Llegan noticias confusas sobre las actuaciones, nos ha enterado de la situación el capitán, cuñado del cura, que ha tenido acceso a un informe reservado:

“... la posición de la batería dominaba el campo de batalla. Sufrieron un ataque inesperado al caer una granada sobre la batería, cuando la oficialidad y clases recibían órdenes; el capitán y sus oficiales fueron alcanzados, teniendo que ser evacuados, un teniente yacía muerto y varios servidores del cañón resultaron heridos. A un cabo llamado Isidro, le derribó la explosión, aunque se incorporó al apreciar que no estaba herido. En esos momentos existía un caos tremendo, un sargento quería rendirse, decía que, si no se entregaban, los iban a matar. El cabo Isidro se dio cuenta de que solo él había quedado ileso, que no se podía contar con sus superiores, por lo tanto asumió el mando y cogiendo

armas que habían quedado en el suelo, empezó a disparar a los atacantes. al mismo tiempo gritaba a los soldados ilesos que se encontraban desorientados:

—¡Nosotros no nos rendimos! ¡Por la Patria! ¡Por el Rey! ¡Por nuestro honor! ¡Artilleros cargar las piezas con metralla y disparar al enemigo con andanadas rasantes! ¡Fuego! ¡Fuego! ¡No os detengáis! Arengaba a sus soldados y disparaba a los atacantes a bocajarro; blandiendo un sable, atacó a unos enemigos que huyeron despavoridos ya que vieron que no era fácil derrotar a los defensores y se batieron en retirada desordenada. La huida se convirtió en desbandada viendo que otras baterías que habían reaccionado y les ametrallaban sin piedad.

Llegaron ambulancias para retirar a los heridos; también tropas de refuerzo, que persiguieron a los que huían. Una posible victoria, se les había convertido en derrota. Una vez relevados de las baterías, regresaron a sus acuartelamientos. Entonces, los mandos exigieron al cabo artillero que les expusiese lo acontecido, ya que podía ser desobediencia por incumplir órdenes de los superiores. El cabo Isidro, rotundamente, confirmó que volvería a hacer lo que hizo; el capitán que había sido herido y estaba presente en la declaración, corroboró todo, añadiendo que el cabo Isidro era un héroe, que actuó como un oficial ante sus tropas; por ello, debería ser ascendido a sargento inmediatamente y solicitó la mayor condecoración merecida, ya que sin su actuación, podría haber resultado una sonora derrota para las tropas españolas...”

Pasados algunos días, Isidro asistió a la Comandancia. Se celebró un acto solemne para rendirle honores, en el discurso, se confirmó que su conducta no podía haber sido mejor al dar ejemplo a los que se habían desmoralizado. Fue ascendido a sargento y anunciaron la solicitud a S. M. el Rey que se le condecorase con la Cruz al Mérito Militar. También se le promovía al grado de alférez, ingresando como cadete de segundo año, en la Academia de Artillería. Las tropas le rindieron honores que recibió junto con los altos jefes, siendo acompañado por su esposa, asistieron a la ceremonia don Hilario y su cuñado.

No sabían lo que iban a pasar en no demasiado tiempo de otros que se decían amigos y aliados.

Fernando Tormo y Gómez-Terán

UN RECORRIDO EN EL TIEMPO

Después de visitar la Real Fábrica de Tapices escribiré unas líneas según mi criterio.

No puede negarse, es antiquísima y en la fachada de su actual sede todavía se ven impactos de rebelión de la injusta guerra que asoló España.

Los propietarios, creo, eran don Jacobo e hijos Vandergoten.

Los primeros pasos de Francisco de Goya en Madrid deben buscarse en la Real Fábrica cuyo edificio en este momento pertenece a Patrimonio Nacional.

Los nobles, palaciegos y reyes encargaban ahí grandes obras. En los Países Bajos, y fríos, los tapices además de decorar los palacios abrigaban sus estancias ya que tienen una gran armadura por la parte posterior.

Los empleados fueron y siguen siendo grandes profesionales que trabajan con entusiasmo restaurando toda clase de artilugios y novedades de actualidad.

En mi visita observé con interés dos grandes obras originales de la época en la que reinaba Alfonso XII: “1889”, creo que fue uno de los últimos diseños de Francisco de Goya y “La lapidación de San Esteban”, pero no puede asegurarse.



María García

ESCAPADAS DIURNAS

Cuentan que es muy habitual en los museos de todo el mundo, que algunos personajes escapen de sus cuadros y se paseen por el recinto durante la noche. Así lo afirman muchos de los guardas que custodian las obras de arte expuestas.

Pero lo que no es habitual es que esos personajes salgan de sus cuadros durante el día provocando una gran confusión. Y esto sucede en la Real Fábrica de Tapices, a tenor de lo que nos cuenta Almudena, una de las empleadas que lleva a cabo las visitas guiadas a este lugar.

Hace ya unos meses que, al llegar a la obra de Goya titulada “*Riña de gatos*”, éstos desistieron de seguir peleando y siguieron con toda su atención las explicaciones que la guía daba sobre ese cartón. Nadie se dio cuenta de lo que ocurría, salvo ella, que vio cómo los gatos saltaban al suelo y se colocaban junto a sus pies, frotando su cuerpo en las piernas de Almudena que tuvo que ahogar una carcajada por las cosquillas que le hacían.

Otro día al tratar de explicar “*Perros con trailla*” tuvo que improvisar y decir que ese cartón no estaba expuesto porque había sido cedido a una exposición. Más tarde supo que los atrevidos perros, después de soltarse de la trailla, se habían ido a ver mundo y aún no habían regresado.

Durante algún tiempo, las escapadas de animales y personajes de los cartones de Goya se convirtieron en algo habitual, aunque no siempre fueron salidas inocentes y agradables para Almudena; a veces le complicaron la vida, como el día aquel en que salieron los personajes de “*El albañil herido*”, con él en

brazos, insistiendo en que la guía los acompañara a un hospital, porque Madrid estaba muy cambiado desde que ellos entraron en el cartón y temían perderse. Aquella vez Almudena tuvo que dar muchas explicaciones al director de la Real Fábrica por ausentarse de su puesto de trabajo. Éste llegó a plantearse si despedir a su empleada ante las irracionales explicaciones que le estaba dando que, por otra parte, no eran nada más que la verdad de lo que estaba ocurriendo allí, día tras días, aunque nadie parecía darse cuenta.

Otra noche tuvo problemas con su vecino de abajo porque los “Niños inflando una vejiga” la siguieron hasta su casa y se pasaron la noche jugando y alborotando.

También es cierto que pasó días inolvidables y divertidos, acompañando al salir del trabajo a los majos y majas al “Baile en San Antonio de la Florida”.

Almudena ha prometido escribir todas estas vivencias cuando se jubile dentro de dos meses. Sabe que nadie de su familia la cree y que, incluso, piensan que está chiflada. Pero ella está convencida de que estas historias y muchas más les gustarán a sus nietos, que siempre la escuchan con admiración, intriga y respeto.



Carmen Baranda

LA FÁBRICA

Hola, me llamo Felipe, me lo pusieron mis padres, en honor al fundador de este Real Sitio.

Estoy en este edificio que diseñó don José Segundo de Lema, arquitecto mayor de Palacio. Antes estuvimos en la zona de Santa Bárbara.

Vayamos a lo importante, aquí en la Real Fábrica de Tapices, tenemos el honor de haber fabricado los mejores tapices realizados a partir de los cartones del gran pintor maño don Francisco de Goya y Lucientes, y digo tenemos, ya que mi familia y yo, hemos contribuido a ello.

Porque ¿quién dice que los ratones no somos imprescindibles? llevamos aquí siglos, y en ocasiones hemos dado trabajo a los artesanos que al perseguirnos han podido, por un momento, dejar la tarea.

Y ¿Sabéis una cosa? En los fríos días de invierno nos juntábamos toda la familia alrededor del horno de tintes, cuya chimenea es característica, y cuando nos refugiábamos allí, nadie se atrevía a molestarnos.

Alguien importante, y que no nos tenía miedo, estaba acostumbrado a vernos, era el director Vandergoten, que a lo mejor como venía de Amberes no le causábamos ninguna impresión. Sobre todo, cuando se dio cuenta de que éramos familia directa del ratón Pérez.

Lo primordial, estamos acostumbrados a vivir aquí, a abrigarnos con madejas de lanas multicolores. Respetamos los tejidos y sabemos perfectamente cuando no



podemos pisar alfombras, tapices y reposteros. Y si os creéis que lo que he dicho de mi primo Pérez es un anacronismo; es que no sabéis nada de nosotros.

Margarita Romero Segur

ALEGATO A MI PADRE

A mamá casi no la recordamos, nuestro padre lleva algunos años muerto y mi hermano y yo, después de su fallecimiento nos trasladamos a vivir a un vetusto edificio, conocido como Casa del Abreviador, en los arrabales de la villa y corte, rodeados de personas y enseres totalmente desconocidos para nosotros. Nos instalamos en un cuartucho maloliente sin apenas ventilación, junto con pobres, abandonados y despreciados por la sociedad, hacia los que nadie siente ningún apego.

No nos hemos presentado, me llamo Pinar y mi hermano menor Celestino, nombres aburridos y ramplones, por eso papá nos los transformó en unos más que presentables Pin y Celes.

No les he hablado aún de él. Deben saber que era un pintor muy famoso al que todos reverenciaban a la vez que temían, ya que, perdónenme la expresión, tenía un carácter de mil demonios.

Como buen maño, era demasiado franco, tozudo, duro por fuera y tierno por dentro, con el corazón de piedra y el alma de fina porcelana. Todos le llamaban Francho pero en la Corte era Francisco José de Goya.

Viajaba con mucha frecuencia y siempre le acompañábamos. ¡Cuántas veces habremos ido a palacio! Rodado por sus majestuosos suelos de mármol. Manchado valiosísimas alfombras, pero siempre a su lado. Jamás permitió que



nadie nos tocara, molestase o jugase con nosotros, salvo a nuestro tío Paco Bayeu que tenía a veces que ocuparse de nosotros e incluso protegernos de la ira poco contenida de papá cuando algo no salía conforme a sus deseos, ante el temor de que nos pudiese hacer daño.

En esos terribles momentos nos ocultaba detrás de alguna cortina o butaca a la espera de que se tranquilizase y le volviese la inspiración. En ese sublime instante, al no vernos, nos llamaba a gritos:

¡Pin, Celes! ¡Pin, Celes! ¡No les encuentro!, ¿dónde están? Ya sabéis, increpaba a los que le observaban impávidos ante sus estallidos de cólera, siempre debo tenerlos cerca, a la vista. ¡Sin ellos me siento perdido!, pero en cuanto nos tenía en sus manos, soltaba una sonora carcajada y exclamaba:

¿Quién sería yo sin vosotros mis queridas criaturas? Nadie, un alma en pena vagando por el purgatorio a la espera de descender a los infiernos y mirándonos con sus grandes ojos negros a la vez qué, arqueando sus espesas cejas, nos estrujaba hasta casi hacernos daño, para acto seguido jugar con nosotros a manchar con los más brillantes colores enormes retazos de algodón o lino.

Antes de su reconocida fama como pintor de la Corte, a su llegada a Madrid, le contrataron en la Real Fábrica de Tapices para pintar cartones destinados al tejido de tapices y reposteros. No tenía salario fijo, era, como decía él: “cartón acabado, dinero cobrado”.

Para Celes y para mí fue un tiempo fascinante, siempre juntos. Competíamos entre nosotros a ver quién pasaba más tiempo con él, con cuál de los dos disfrutaba más, pero lo mejor era al final de la jornada, cuando, con una delicadeza difícil de comprender en sus rudas y fuertes manos, nos cogía diciendo:



¡Pin, Celes!, hora de quitarse toda esa pintura de encima, tenéis el pelo y la férula de mil colores y nos sumergía en una tina con agua tibia y jabón, frotándonos con suavidad para después envolvernos en un suave paño hasta quedar completamente secos. ¡Listos!, decía con mimo, os habéis portado de maravilla y es hora del merecido descanso.

No recuerdo exactamente el número de cartones que llegó a pintar para esta Real Fábrica y mi memoria ya no es la de antes, pero recuerdo algunos: *La novillada*, *La gallina ciega*, *El quitasol* o *La maja y los embozados*, pero hoy nos sentimos orgullosos de que ustedes nos reconozcan y premien el haber formado parte de alguna manera de estas grandes obras. Muchas gracias.

—Bueno Celes, —dijo Pin dirigiéndose a su hermano— ¿Te gusta mi discurso? Creo que les voy a dejar boquiabiertos.

—Me ha parecido muy emotivo, lo único que llamar vetusta y maloliente a la sede de la Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara no les va a gustar, —sentenció con voz grave.

—Y, además, —continuó— ¿Tú estás segura de que vas pronunciarlo? No sé en qué te basas, porque no hemos oído nada.

—No seas ingenuo Celes, —añadió sonriendo— ¿No ves el trasiego de gente que hay por todas partes? Será un homenaje sorpresa y debo estar preparada.

—Sí, lo he notado, pero... podría haber sido coincidiendo con la inauguración del nuevo edificio de la calle Fuenterrabía, pero... ¿Ahora?, no encuentro motivo.



—Sí, será todo un éxito —apostilló Pin ignorando este último comentario y alardeando de sus conocimientos, continuó— es un inmueble muy visitado ya que el diseño de estilo neomudéjar que le imprimió su arquitecto José Segundo de Lema gustó a todo el mundo, pero quizá quieren que sea un acto más especial aún y...

—¡Chist, calla! —le interrumpió Celes— creo que entra alguien.

—¡Que nervios, que nervios! —le susurró Pin—.

La puerta se abrió de par en par y entraron, empujando un carrito, dos operarios vestidos con un mono en el que se leía “limpiezas La reluciente”.

—Bien, empezaremos por este almacén, —dijo uno— hace mucho que no se limpia y han dicho que debemos tirar todo porque van a darle otra utilidad.

—Pues no se hable más —contestó el otro cogiendo una gran bolsa de basura— manos a la obra.

—Lo que no entiendo es por qué se guardan tantas cosas inútiles. Botes medio vacíos de aguarrás, tubos y tubos de pintura abiertos y estropeados, trapos mugrientos, caballetes y decenas de pinceles rotos, sucios, despeluchados.

—Lo sé —comentó el primero—. Y ¿no te gustaría saber a quién han pertenecido y que cuadros habrán pintado?



Sin esperar respuesta alguna de su compañero cogió un puñado de pinceles que había sobre una estantería y los arrojó sin ningún miramiento al interior de la bolsa.

De nada sirvieron los inaudibles gritos de los hermanos Pin y Celes Goya, nadie podía escucharles. Sus gritos de desesperación y dolor al chocar contra el borde de una oxidada lata no sirvieron de nada porque quedaron sepultados por una viscosa pasta de olor nauseabundo que brotaba de un enorme frasco de cristal mal cerrado.

¿Lo ves querida? tantos años presumiendo y contoneándose: *que si mi padre tal, que si mi padre cual*, le comentaba una brocha, en tono burlesco a una escobilla que tuvieron la suerte de no correr el mismo final al quedarse olvidadas detrás de la puerta. ¿De qué les ha servido tanta verborrea?

Absolutamente de nada sentenció la más pizpireta, soltando una nerviosa sonrisilla, nosotras nos hemos quedado y ellos terminarán sus días en una incineradora.

Chelo Martínez

ÍNDICE

PERROS EN TRAÍLLA , María del Mar López	2
ESCAPADAS NOCTURNAS , Juliana Muñoz	3
CASIMIRO EN LA REAL FÁBRICA DE TAPICES , Conchita Blasco de Haro	5
LA VENDIMIA , Trinidad Gálvez	7
ALMUDENA E ISIDRO , Fernando Tormo y Gómez-Terán.....	9
UN RECORRIDO EN EL TIEMPO , María García	12
ESCAPADAS DIURNAS , Carmen Baranda	13
LA FÁBRICA , Margarita Romero	15
ALEGATO A MI PADRE , Chelo Martínez	17

ooo000ooo